

RESEÑA

SENDER, Ramón J., *Monte Odina. El pequeño teatro del mundo*, edición, introducción y notas de Jean-Pierre RESSOT, Sada (A Coruña), Edición do Castro («Biblioteca del Exilio», 15), 2003, 565 páginas.

José Domingo DUEÑAS LORENTE
Universidad de Zaragoza

Una de las obras más singulares de la extensa producción de Ramón J. Sender es sin duda *Monte Odina*, volumen inclasificable desde una perspectiva genérica, ya que se trata de una suerte de compendio de las cavilaciones que ocuparon al autor durante su vida, pero entrelazadas libremente entre la ficción y el testimonio, más cerca de la divagación ensayística, periodística o autobiográfica que de la novela, unas «verdaderas memorias apócrifas», como decía el escritor. Pero *Monte Odina* es también una enorme y recopilatoria muestra de fe en el poder salvífico de la palabra, de la literatura, que acompañó siempre a Sender. Una vez más, vida y literatura se entreveran de modo indisociable en un título del escritor aragonés, pero ahora hasta el punto de que la supuesta organización de una biblioteca da pie para que el autor hilvane sus afanes vitales y literarios, que tanto monta. «Cuando trato de sentirme —escribía Sender en *Heraldo de Aragón*— en un mundo ideal, me imagino en Monte Odina (en la biblioteca) con todos los libros que he leído o que me gustaría leer, viviendo en paz y en la dulce compañía de una mujer amada».

Alguien que escribió —según confesaba— por «necesidad biológica», alguien que desde la infancia sintió una irresistible fascinación ante la letra impresa, que se dedicó a la literatura para sortear la locura o para mitigar el poder aniquilador de la muerte no podría hallar mejor metáfora que la de la «biblioteca» como epítome de su obra y de su vida, porque el libro es una especie de «testamento sentimental e intelectual» del autor, como bien dice Ressot. O como señalaba José-Carlos Mainer a propósito de esta misma obra: «El mundo y la literatura son, a fin de cuentas, una misma cosa: la epifanía de una oscura unidad que solamente se nos manifiesta como dispersión confusa, la idea de un Orden que solamente se nos aparece como violen-

cia y contigüidad rival». Por otra parte, no se ha de olvidar que *Monte Odina* reúne logros indiscutibles que contradicen el extendido aserto de que la producción última del autor desmerece en bloque de sus mejores momentos.

Hasta la edición que comentamos, el libro había aparecido por primera y única vez en 1980, en la colección «Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses», de Editorial Guara, con un breve prólogo de Luz Campana de Watts, y en los últimos tiempos se había convertido en un título de difícil localización para los fieles del novelista. Con todo, hay que insistir además en el acierto que supone la reaparición de *Monte Odina* y más si se trata, como es el caso, de una edición crítica a cargo de uno de los grandes expertos en el autor aragonés, el profesor francés Jean-Pierre Ressot.

En las páginas iniciales del libro, Sender relata una anécdota de cuño autobiográfico que no solo explica el título del volumen sino también su entramado básico. Cuenta el escritor que cuando en su mocedad vivía en Huesca —adonde llegó desde Madrid hacia mediados de 1919 para reunirse con su familia— el propietario de Monte Odina, finca próxima a Monzón, Francisco Laguna, le transmitió su deseo de remodelar la casa solariega, de reunir en ella una surtida biblioteca y de que fuera él, entonces ya periodista en Zaragoza y en Madrid y pronto en Huesca, quien se encargara de confeccionar el índice de libros que convenía comprar, de modo que «naturalmente —recuerda el autor en *Monte Odina*— aquella sería *mi biblioteca*». Y poco después añade: «he pasado con mi imaginación muchos días soleados o turbios en la biblioteca y en la casa de Monte Odina, que yo imaginaba mitad almunia y mitad castillo. Y no eran los peores días de mi vida». Imaginar que aquella oferta de don Francisco Laguna se cumple finalmente le permite al autor establecer un débil pero suficiente hilo conductor para insertar en *Monte Odina* lo mismo recuerdos personales que referencias librescas sin otra conexión entre sí que los intereses del propio autor.

Señala Ressot en el prólogo que la obra fue probablemente escrita entre 1970 y 1978, que el autor insertó abundantes textos periodísticos anteriores o que el libro se ha de entender en el contexto del regreso de Sender a España tras el exilio —sus breves visitas de 1974 y 1976— y del fracaso del retorno definitivo que el escritor se había planteado en diversos momentos. En este sentido, *Monte Odina* —dice Ressot— «funciona como una compensación. Puesto que la recuperación de sus raíces, tanto aragonesas como españolas, resulta tan problemática, la va a realizar de un modo simbólico, artificioso, por la escritura [...] Pero *Monte Odina* no es solamente esto. Es también una especie de testamento intelectual en el que el escritor dice sus aficiones, sus pasiones, sus obsesiones». Así pues, cabría pensar que, si en *Crónica del alba* (1942-1966) el escritor deja morir a Pepe Garcés en un campo de concentración francés para que Ramón Sender pueda seguir viviendo, en *Monte Odina* hay un intento de restitución de todo lo que el autor ha sido, una suerte de recuperación y reintegración de lo más sustancial del hombre y del autor a través de la fusión de vida y literatura, de la vuelta —imaginaria pero literariamente veraz— del exilio a las raíces aragonesas, de la suposición de haber vivido otra vida que le salió

al paso en algún momento; esto es, de recuperar una senda desechada, lo que Unamuno denominaba los «exfuturos», aquellos que podríamos haber sido pero que no fuimos, etcétera.

Como bien ha rastreado Ressot, y como puede comprobarse en el manuscrito que se conserva en el Instituto de Estudios Altoaragoneses, Sender hilvanó artículos y escritos anteriores para entrelazarlos en esa suerte de enciclopedia personal —y arbitraria, en consecuencia— que es *Monte Odina*. Pero la parte no publicada antes, que no es poca, proyecta también el talante periodístico, ensayístico, que cultivó el escritor con soltura y gracia desde siempre. Tras su paso por el diario *El Sol*, de Madrid, entre 1924 y 1930, decía Sender que había aprendido lo fundamental del oficio, buscar la amenidad, ser entretenido, porque el libro que lo logra ha conseguido lo más importante, como decía uno de los maestros del aragonés, Pío Baroja. Ramón Sender cultivó desde muy pronto dos vertientes en su escritura, la periodística y la más puramente literaria, pero no a modo de compartimentos estancos sino como recorridos de permanentes conexiones, contagios e interferencias, y tanto fue así que sus últimos libros tienen más de expansión periodística que de novelas, como bien muestra *Monte Odina*.

Jean-Pierre Ressot nos ofrece una edición crítica ejemplar, modélica, donde en ningún momento desvirtúa o empaña con un exceso de digresión erudita la voz del autor; muy al contrario, Ressot sabe ocupar discretamente un segundo plano desde el que asoma con precisión en cada nota —y son muchas— y con su reconocida perspicacia en el prólogo para establecer los parámetros desde los que se entiende mejor el libro: la condición de exiliado del escritor, su deseo de reintegrarse afectiva y literariamente en el espacio aragonés y español, la confusión entre vida y literatura, la superación de las pautas genéricas tradicionales, etcétera.

La edición que comentamos ha aparecido como el número 15 de la «Biblioteca del Exilio», promovida, entre otros, por Manuel Aznar Soler. En la colección han precedido a Sender autores como Juan Rejano, Juan Chabás, Esteban Salazar Chabela, Carmen de Zulueta, Eugenio F. Granell, Herrera Petere, Luisa Carnés, Luis Cernuda, etcétera. En la mayor parte de los casos se trata, como se ve, de autores u obras escasamente conocidos. La «Biblioteca del Exilio» viene, pues, a normalizar un poco más el acceso a la producción de la llamada «España peregrina», ignorada más que (re)conocida todavía.